

# SÚPLICA

JUDITH NIETO

Escritora y profesora de la Escuela de  
Microbiología de la Universidad de Antioquia.

Cuántas horas, atentos al puntero del reloj obstinado en detener el paso del tiempo,  
cuánta paciencia para transcurrir con este abril inolvidable en el que todos estuvimos solos,  
apenas alumbrados por la breve eternidad del planeta que nada anunció,  
cuántos paisajes persisten en un mundo categóricamente detenido,  
cuánto por seguir aquí, aquietados por este destino ajeno,  
cuántas deidades sordas a los conjuros para espantar el color aterrador de estos días,  
cuánto aguardar para que la desesperación deje de cotizar al alza,  
cuántas páginas de periódicos abiertas con su color cromado para asentar en un solo día  
tantos obituarios salpicados de lágrimas,  
cuánto tiempo deshojado en un siglo para saber que en un año, y por la decrepitud de los  
cuerpos sin aire, el mundo se hizo uno,  
cuántas noches para la abuela pasar y pasar con sus dedos frágiles las cuentas de su rosario,  
esa forma de detener entre rezos a otro que parte con una historia no contada,  
cuánto ir y venir de esa puerta desgonzada para negar la cercanía peregrina,  
cuántos, entre mandatos, arrancados de las multitudes escasas y siempre tan nuestras,  
cuántos mensajes llegaron deshechos en la letra portadora del peor de los augurios,  
cuántos niños quietos y sin preguntas ante los días de luz que les fueron arañados,  
cuántas orfandades explayadas sobre la herida que se riega,  
cuánto dolor para perpetuar el amor por las pérdidas, ahora, elogio de las sombras,  
cuántas puertas obstinadas en su abrumadora clausura,  
cuántos dioses requeridos para calmar el temblor de tantos cuerpos cercados por el miedo,  
cuántas vueltas necesarias alrededor del planeta para agotar este son de muerte,  
cuánto tiempo de llevar la espalda inclinada sobre el papel tras el que persigo el grito  
ahogado que me trepa por la voz. ■